

EL "ART DE LA SEGONA MEITAT DEL SEGLE XX"

UN ARTE COLECTIVO
DE FUERTE TENSION
INDIVIDUAL

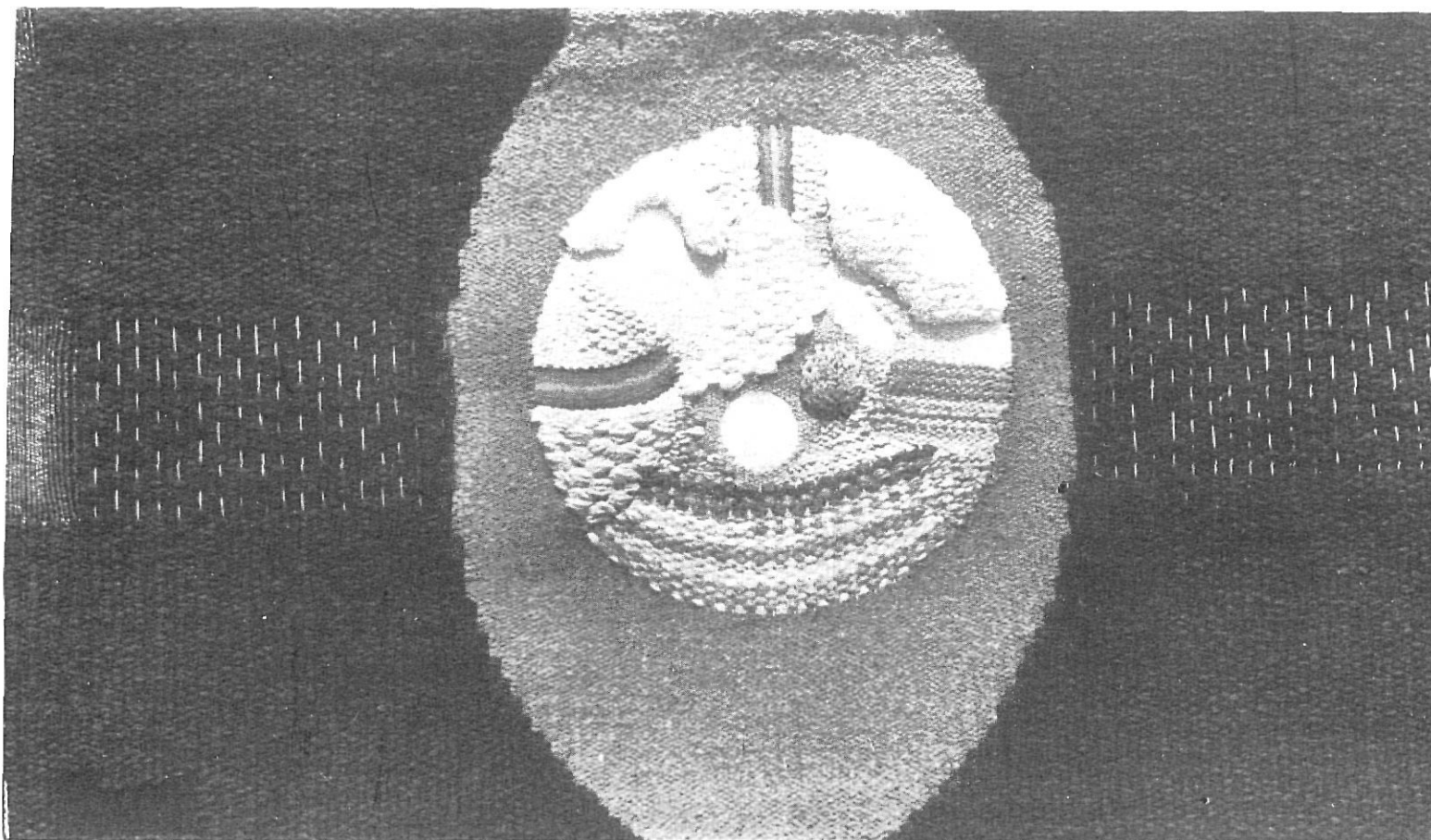
por ARNALDO PUIG

La Exposición «ART DE LA SEGONA MEITAT DEL SEGLE XX» celebrada en la Casa de Cultura de la Diputación de Gerona durante el mes de marzo del corriente año y en la que han participado 21 artistas procedentes de la mayor parte de las variantes de la plástica: pintura, escultura, arquitectura, diseño, grafismo, fotografía, etc. es una prueba irrefutable de que las artes ni ahora ni nunca se han presentado en la sociedad aisladas las unas de las otras. Como dice muy bien el presentador de la Exposición, Alexandre Cirici, se nos ha hecho creer, en determinadas circunstancias y de acuerdo con la concepción burguesa decimonónica, que el mundo no era nada más que un amasijo de individualidades, cada una de las cuales tenía que evolucionar individualmente e independientemente de las demás y sólo en la medida de su fuerte personalidad era interesante y digna de atención por la sociedad. Ello motivó la inflación de las artes individuales, la separación entre las artes, en las que cada artista buscaba una **performance**, un **exploit**, que aislaba la obra del contexto real en la que toda obra humana, sea artística u otra, se realiza, (piense lo que quiera el artista o el **amateur d'art**) y todo ello en pleno acuerdo con la concepción de una sociedad individualista a ultranza. El resultado fue el llamado «interior» burgués», que hoy se nos revela de tan mal gusto no por la heterogeneidad de los componentes sino por lo heteróclito del conjunto.

Esta última idea está en plena contradicción con la actual concepción del «ambiente», am-



TORRES MONSÓ



Alfombra de GRAU GARRIGA

biente que no rehuye la variedad ni el contraste pero sí que repugna el amontonamiento, la acumulación, que nunca ha sido un resultado artístico, sino sólo una prueba de desidia o de poder adquisitivo. Y nada tiene que ver este último con el gusto artístico.

Quizá han sido, en primer término, los diseñadores y los grafistas los que primero se han preocupado, en nuestro siglo XX, de ordenar las cosas, de crear una cierta armonía y composición entre elementos un tanto heterogéneos como son las formas, los colores y los enunciados literarios, conjuntamente con la función, propia y debida a cada uno de ellos, y todo ello por exigencias de un gusto artístico que el individualismo decimonónico había olvidado completamente. Gusto artístico, de todas maneras, al que era necesario recurrir si se quería orientar y atraer a las masas consumidoras hacia un producto, hacia un **ambiente** — un interior — que se ofrecían en el mercado en una circunstancia de concurrencia competitiva. Así, por los caminos más insospechados, hemos visto que el arte dejaba de ser patrimonio de una élite adinerada que dictara los gustos para pasar a ser una consideración ofrecida a un público mayoritario.

Poco a poco, y desde los diseñadores y de los grafistas, el arte ha vuelto a la palestra pública

ofreciéndose como tal, pero buscando al mismo tiempo, el encajar con las artes, con las otras obras artesanales o artísticas entre las que voluntariamente o involuntariamente se desenvuelve nuestra vida.

Esta Exposición, entre otras muchas cosas, pretende ser un ofrecimiento «no establecido» de lo que son estas artes de nuestro tiempo. Las obras aun no han sido elaboradas con vistas a la llamada integración, pero el hecho de que los artistas de variadas disciplinas se ofrezcan a ser presentados en común presupone ya la aceptación de la colaboración. Hoy en día ningún arquitecto, por ejemplo, creará su arquitectura para dejar al azar el hecho de su relleno, dejado al simple azar o al arbitrio del futuro morador. El arquitecto planea su construcción como un todo ambiental no acumulativo sino orgánico. El escultor considera en qué lugar ha de colocarse su escultura y amaría realizarla en previa colaboración con el arquitecto. No digamos del pintor, la concepción de cuya obra ya muy poco tiene que ver con la burguesa ventana en el muro, buscando, más bien, que sea un interrogante ofrecido al contemplador. Lo mismo sucede con el tapiz, que deja de ser un objeto para pasar a ser una invitación a la reflexión.

Y todo ello debido a que los artistas no consideran ya que sus obras se agoten en sí mismas sino que están allí para llamarnos la atención sobre el mundo en el que vivimos y de las que son una perenne cuestión a considerarlo, a enfrentarse con él y a buscarle soluciones, en primer término, claro está, referentes al hombre mismo pero, inmediatamente, al puesto del hombre en el mundo.

rias que a sus valoraciones humanas y de integración humana de las artes, sino de su función real en la sociedad. Ya sabemos que todos los primeros pasos son difíciles, pero esta Exposición de las artes de la segunda mitad del siglo XX, que salió de una necesidad de presentar una muestra de conjunto de lo que se hace hoy en las tierras catalanas, por el hecho mismo de su realización, de su materialización en exposición



SUBIRACHS

Cuando los diseñadores-mueblistas proyectan no como un simple objeto sino como un apéndice, como una continuación del hombre mismo en otro momento de su vida o en un momento diferente. La línea busca la función. Y lo decimos del arquitecto, del pintor, del escultor, del proyectista, vale lo mismo para el fotógrafo, también representado en esta Exposición.

Esta Exposición es, pues, un claro exponente de lo que las artes de la segunda mitad de nuestro siglo están preparándose para ser. Artes que no quieren vivir del vedetismo de su autor, al amparo de protectores siempre problemáticos, porque más atentos a sus valoraciones moneta-

ha llevado, por otro camino, a demostrar que no hay artes independientes, que no hay artistas aislados de su circunstancia, sino que todos aquellos que se dedican a las diferentes variantes de la plástica, o como también se dice, de las artes audio-visuales, en realidad se dicen y se quieren hombres de su tiempo, hombres fuertemente enlazados con los otros hombres para quienes, en definitiva, también trabajan.

El artista no es el monstruo al margen de un mundo en el que el consumidor de arte se limitaría a recibir pasivamente su obra, como sibilamente se ha pretendido, sino que el artista es, un hombre más entre los hombres, aquel que

por su capacidad especial de atender aspectos más afines con la sensibilidad, se ve en la obligación, y con la responsabilidad, de decir a sus semejantes que el arte está así para ofrecer al hombre lo que el hombre ha de ser y para que este deber se convierte en una presencia real.

Esta es la meditación que nos ofrece esta Exposición de las artes de la segunda mitad del siglo XX. Escamotearla, dejarla pasar, dándola por inadvertida, no querer levantar constancia de ello, sería un atentado a la dignidad del artista. Porque precisamente cuando el artista ha renunciado a su individualidad, cuando el artista siente que su obra no es una «performance», no es un «exploit», sino su participación a una sociedad que de él espera su colaboración en el campo que, eso sí, él ha libremente escogido, sería injusto traicionar al artista viendo en su obra aquello, y únicamente aquello, a lo que él ha dado, esperemos que definitivamente, la espalda.

Es cierto que estas artes de nuestro tiempo no son aun admitidas y admiradas como es debido por parte del público, pero esto no ha de impedir que el artista se siente ya solidario de una humanidad que le espera a la vuelta de la esquina. ¿No ha sucedido así con el grafismo o con el diseño, que se han apoderado, para darlo bajo forma estética, de todo lo que es bien fungible en nuestra sociedad? ¿Cómo sería, pues, diferente para el plástico que es quien, en definitiva, crea los modelos — es una forma de expresarse — que luego se consumirán masivamente, la veracidad de cuyo aserto hoy estamos ya hartos de contemplar en tanta presentación de revistas especializadas, de formas de vestir o de maneras de decorar?

Cuando arquitectos como Ricard Bofill y Antonio de Moragues Gallisá; cuando escultores como Andreu Alfaro, Subirachs, Torres Monsó y Moisés Villèlia; cuando pintores como Modest Cuixart, Josep Grau Garriga (igualmente proyec-

tista de tapices), Josep Guinovart, J. Hernández Pijoan, Joan Ponç, A. Ràfols Casamada, Antonio Tàpies, J. J. Tharrats y J. Vila Casas; cuando fotógrafos como Xavier Miserachs; cuando diseñadores como Joaquim Belsa y Miquel Milà; cuando grafistas como Antoni Morillas y Pla Narbona; o cuando ceramistas como Antoni Cumella, — todos ellos con antecedentes de que no consideran su obra como algo aparte e independiente sino como algo integrado — consideran que es normal presentarse colectivamente — cuando individualmente también cada uno tiene su trayectoria y personalidad (porque lo colectivo nunca ha estado reñido con el esfuerzo individual) — ello quiere decir que el arte ha dejado de pertenecer a, y ser el signo de, una época anacrónica para entrar en una época en la que considerando al hombre como tal y en su singularidad, no obstante espera de él su aportación colectiva.

Esta Exposición de ART DE LA SEGONA MEITAT DEL SIGLE XX es, pues, el mejor testimonio de todo lo que precede. Las cualidades individuales de todas las obras presentadas no son ya de posible contradicción ni discusión — aunque sí lo sea el de la perfecta adecuación a la finalidad para la cual fueron propuestas; no faltaría más sino que nuestros artistas, que buscan la adecuación pertinente, se opusieran a que se contradijera esta misma adecuación en un mundo en el que se reconocen, cuando menos en teoría, criterio suficiente a todos los hombres que lo formamos —, y el hecho, por parte del público, de que algunas de ellas aun sean difíciles de aceptar o digerir reside en la formación e información deficiente que aqueja a dicho público. Esta exposición es, precisamente, una posibilidad de que aquellos que aun no han entrado por los caminos del arte de nuestro tiempo tengan la oportunidad de hacerlo y, a partir de ella, de formarse e informarse hasta estar a la altura de lo que hacen los artistas con los que, queramos o no, convivimos.